



Ferrán Rañé, un «Joglar» en el exilio



«Els Joglars» es uno de los pocos grupos que ha brillado en el desolador panorama teatral del estado español durante estos años. Su último montaje —«La Torna»— ha dejado al descubierto alguna de las contradicciones del «milagro» democrático que dicen ha maravillado al mundo al convertir en vino de libertad el agua de la

dictadura. Después de ser representado en cuarenta ocasiones —entre ellas en Pamplona y Baracaldo— una denuncia puso en marcha el aparato judicial militar y su director, Albert Boadella, fue encarcelado. Pero «La Torna» era una obra de creación colectiva y, al asumir su responsabilidad, los demás miembros de la

compañía fueron también encausados, aunque quedaron en libertad condicional. El día anterior al Consejo de Guerra, un par de horas después de que Albert Boadella se escapara del Hospital Clínico de Barcelona, Ferrán Rañé, Elisa Grehuet y Paula, su preciosa hija, tomaban el camino del exilio. Ferrán tiene 28 años y lleva siete en el grupo. Elisa 26 y tres en el grupo, aunque ha quedado al margen del proceso por estar embarazada cuando «La Torna» recorría Euskadi, País Valenciano, Baleares y las principales ciudades catalanas en su cuarentena de libre expresión. Ahora los tres viven en París, entre la esperanza en un rápido regreso a su tierra catalana —lo que supondría también la salida de sus compañeros encarcelados—, la necesidad de un trabajo para subsistir y el empeño en potenciar la campaña de solidaridad a su causa. Esta entrevista se realizó en Semana Santa y Ferrán Rañé accedió a ella con la condición de que se publicara después de llevarse a cabo una rueda de prensa prevista para finales de marzo.

—¿Por qué os decidisteis a cruzar la frontera?
—La víspera misma del Consejo de Guerra estaba claro que la condena era segura y que, de hecho, no servía de nada todo lo que nos habíamos movido y la amplitud de las protestas de la gente.
—¿Te sentías muy indefenso?
—Sí. Ya se sabe que rehusaron el noventa por ciento de las pruebas de la defensa. Y que el problema era más de unidad jurisdiccional y aplicación de los pactos del gobierno que otra cosa. «La Torna» es un espectáculo y nosotros, en principio, dependíamos del ministerio de Cultura, que aprobó la obra. Teníamos el permiso de la censura visual y la autorización para todos los públicos. Todo estaba en regla pero eso no impidió que el ejército iniciara el proceso. Al principio es un problema que nos atañe individualmente, pero enseguida toma la forma de lucha por la libertad de expresión. Es un asunto evidentemente político y que, además, se desborda por todos los lados. Se añaden las detenciones de los colabo-

radores de la revista «Saida», la de un actor en Vitoria... Es la espoleta que hace reaccionar a la gente ante las no soluciones a la libertad de expresión, información y opinión».
—Incluso, en lo que concierne a «Els Joglars», el asunto toma mayores dimensiones de las previstas inicialmente.
—Por nuestro lado el problema se desborda en la medida en que, correspondiendo absolutamente a nuestra forma de trabajo, seis «joglars» nos declaramos asimismo responsables de la obra. Toma una envergadura me imagino que no bien calculada por nadie, sobre todo no calculada por el ejército. Supongo que les incomodó que realmente fuéramos un colectivo. La idea es que siempre hay un jefe y si no es declaradamente un jefe, es el más viejo, el más alto o el más gordo. Siempre tiene que haber uno.
—De todas formas lo del colectivo no lo aceptaron del todo. Las peticiones fiscales eran diferentes.
—Para cada «joglar» era de dos años y para Albert de cuatro y medio. Es el fundador del grupo y la responsabilidad la cargan ahí. Pero, si la pieza es la que es delictiva, para nosotros no hay ni autores ni guionistas. Ser fundador del grupo no quiere decir que seas el malo o el más malo. Todas estas cosas lo que han hecho ha sido convertir el proceso en un proceso a todo un grupo de teatro y, en definitiva, a la cultura catalana. Es normal que las protestas se hayan extendido y que se hayan radicalizado posturas.

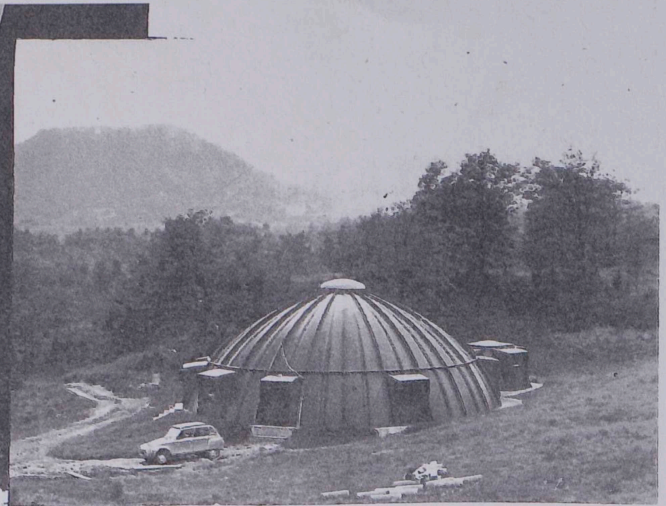
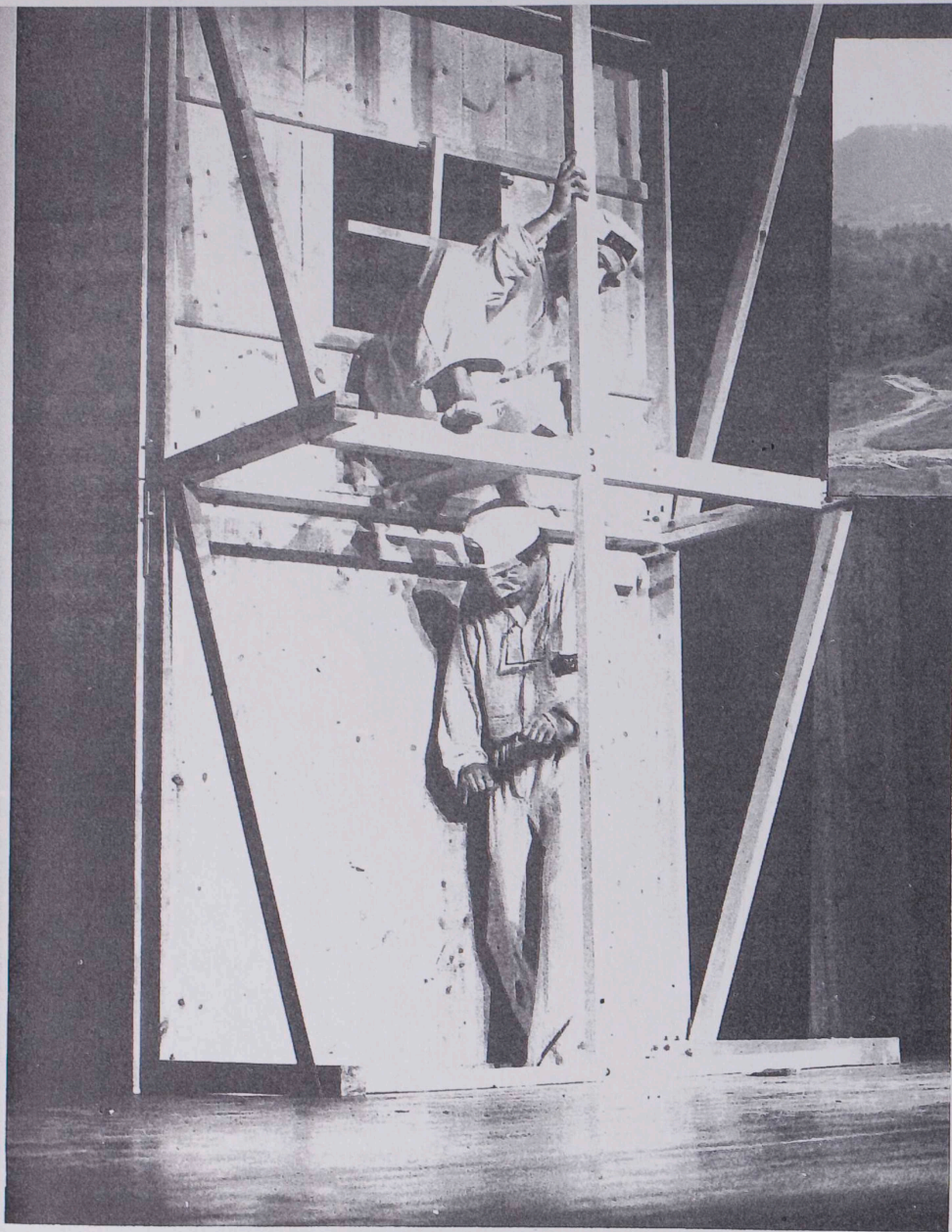
coherente ha sido por parte del ejército. Lo cierto es que Coloma Gallegos y el ejército pueden en estos momentos, con su Código de Justicia en la mano, hacer este consejo y más. El problema ha venido porque el gobierno y los partidos parlamentarios se han inhibido, con la excusa de que el ejército es intocable. Son los elegidos el 15 de junio y no son representativos, no solucionan las cosas. Es una situación de contradicción muy grave. No se puede estar en el Consejo de Europa, que el rey firme el reconocimiento de los Derechos Humanos y que luego la legislación permita al ejército ser juez y parte en un juicio contra civiles.
—¿Qué os han dicho esas fuerzas políticas parlamentarias cuando les habéis planteado la necesidad de una postura fuerte?
—Las contestaciones son siempre esas cosas de que el ejército es el coco, el desconocido, el posible desestabilizador... Yo no soy un tío acostumbrado a hacer análisis políticos desde un partido o una militancia, pero está claro que son los partidos los que deben encontrar salida a esta situación. A nosotros nos han dicho que ahora no pueden hacer nada, que quizás más tarde. Así, hemos llegado ante el Consejo de Guerra con la certeza de la condena y con la tranquilidad de haber trabajado mucho por la extensión de la lucha por la libertad de expresión. Y esa realidad, la realidad de la cárcel llega un momento en que no puedes asumirla. Para mí está muy claro. Me niego a jugar



Era insoportable la idea de ver crecer a mi hija por semana tras las rejas.

Los partidos parlamentarios se han inhibido
—El Consejo de Guerra se inscribe en el contexto político de la larga transición hacia la democracia. ¿Piensas que habéis sido utilizados como carnaza para enfrentamientos en las alturas?
—Yo no diría como carnaza sino como un pretexto, como un símbolo para iniciar una postura de fuerza del ejército ante el gobierno. El comportamiento si acaso más

ese papel y que luego los especialistas expliquen la correlación de fuerzas entonces no era favorable. Eso se puede hacer sin mí en la cárcel y, además, sé que lo harán.
La Generalitat también
—Pero ha habido partidos y organizaciones que se han volcado en la campaña por la libertad de expresión...
—Ha sido una gran lección política ver



Una escena de «La Torna» y la cúpula-taller de «Els Joglars» en el campo catalán.

—No hay una única respuesta para esto. Desde que Albert está en la cárcel nuestra reflexión es —dos meses y medio con esta idea— que con él dentro no nos vamos a ir. Son cincuenta días de trabajar como negros, de cansancio, de pocas horas de dormir, de extender la lucha de la libertad de expresión, de hacer cosas a las que nunca nos habíamos dedicado... Para nosotros, que somos catalanes, que teníamos una residencia y un estudio fijo, que llevábamos quince años trabajando por y para la cultura catalana, era muy duro abandonar el país. No fue una decisión compacta de grupo, sino que pesó muy mucho llegar hasta el consejo con una gran cantidad de sensaciones y cansancios y tener que decidir así "bueno pues me quedo y no quiero saber nada más", como por agotamiento. En mi caso, aparte de todo esto, influyeron mucho Elisa y Paula, que tiene cuatro meses y medio. La condena se iba a producir, nada la iba a parar y la idea de ver crecer a la Paula por semana tras las rejas, para mí era insostenible.

—¿Cómo van a afectar todos estos hechos a «Els Joglars»?

—El Consejo de Guerra ha dado como resultado inmediata que ocho tíos estén sin trabajo, cuatro de ellos en la cárcel, y que toda una actividad de un grupo no subvencionado pero que había llegado a tener local propio para trabajar sus obras, se haya ido a la mierda.

—Se ha publicado que hay ofrecimientos para representar «La Torna» en Alemania. ¿Qué te parece la idea?

—No tiene ningún sentido. Una cosa es trabajar para los cuatro que están en prisión y otra, como muy aparte, el hecho de seguir trabajando profesionalmente. Que nos haya pasado esto no tiene por qué abrirnos más puertas que las que como actores podíamos traspasar. Hacer «La Torna» sin los cuatro, con actores extranjeros, para que se conozca la forma que tenemos de crear o construir la obra, es una chorrada. En todo caso no estamos muertos y somos gente creativa. Podemos hacer cosas nuevas. No vamos a encallarnos en la historia sino todo lo contrario.

La amnistía y el programa de mano

—¿Qué posibilidades ves de que se os aplique la amnistía?

—La amnistía tiene que entrar. La última es del 9 de octubre y «La torna» se

quién ha trabajado y quién no, quién ha respondido y quién no. A la izquierda del PSOE y del PSUC todos han estado, aunque sería injusto decir que ellos no han hecho cosas. Sí, las han hecho, pero muchas veces moviéndose al nivel de conversaciones de pasillo. Personalmente no me parece que así se llegue a nada. Me importa un pito el pacto de la Moncloa, pero ellos en concreto, aparte de la buena disposición con que venían a ofrecerse, son el gobierno, parte del gobierno, y podían hacer que el pacto se cumpliera, con lo que el problema en alguna medida quedaba solucionado. La experiencia que he sacado es que trabajan pero que siempre van detrás, a remolque. Para viejos militantes de estos partidos, si reciben respuestas como las que nos daban a nosotros, debe ser desesperante. En lugar de anticiparse a defender los intereses de quienes representan, tiene que haber cincuenta heridos en una manifestación para que haya condiciones objetivas para luchar por la libertad de expresión. Argumentan que hay problemas más graves para la clase obrera: el paro, la inflación... Totalmente de acuerdo. Tienen toda la razón del mundo, pero para lanzar las luchas en ese sector debe de pasar algo parecido a lo que ha pasado con nosotros. Te suena a cuentos de hadas cuando te hablan de que no hay condiciones objetivas y cuando lo dices, la segunda es pasarte por la cara tu inex-

periencia política.

—¿Qué papel ha jugado la Generalitat?

—Con ella ha sucedido un poco lo mismo. Ha tenido que haber una gran decepción por parte de los intelectuales y artistas catalanes, para que finalmente, cuando esa decepción eran voces contra ella por su mutismo total y cuando la barca de la Cataluña cultural estaba bien removida y exasperada, la Generalitat nos recibiera y nos entregara un premio que teníamos otorgado desde hace meses y que nosotros habíamos donado a la Asamblea del Espectáculo. Total para nada, para tener una conversación de una hora con el honorable Tarradellas.

—En definitiva la lucha la han llevado los extraparlamentarios y el mundo del espectáculo y de la cultura...

—Sí. Ha sido realmente emocionante la inmediata respuesta de la gente de la profesión. Y cuando digo la profesión me refiero a técnicos, artistas, pintores, escultores... La gente del espectáculo estuvo desde el primer momento y hay que conocer un poco la precariedad de sus condiciones laborales para evaluar el esfuerzo que esto supone. Ha sido una gran demostración de solidaridad.

Decisiones por agotamiento

—¿Por qué tú y Boadella os escapásteis y no los otros miembros del grupo?